

LIBRO PRIMERO

ERAN LAS SIETE de la tarde en un día del mes de setiembre, y desde las colinas de Buda podían oírse los lamentos de un *tarógato*,¹ que parecía cantar el adiós al verano.

Un joven apoyado en un bastón y fumando un cigarrillo escuchaba aquella lejana música desde la esquina. Estaba a dos pasos de la casa del doctor, que le había invitado a tomar el té, pero no sentía el menor deseo de subir a su casa ni de mezclarse con gente desconocida a la que no sabía qué decirle. Las relaciones que se establecen en tales ocasiones sólo sirven para que, cuando dos semanas más tarde se tropieza con una de esas personas en el tranvía, no se sepa nunca lo que debe hacerse. ¿Tenemos que saludar o no a la señora del sombrerito de terciopelo que ocupa el asiento frente al nuestro y a la que entrevimos fugazmente en un té? No saludarla equivaldría a una falta de educación, pero hacerlo resultaría mucho peor, pues estos encuentros obligan a sostener conversaciones muy enojosas.

1. Instrumento típico húngaro parecido al oboe.

El joven seguía prestando oídos a la armoniosa melodía del *tarógato*, pareciéndole cien veces más agradable pasar aquella deliciosa puesta de sol del mes de setiembre paseando por las silenciosas callejuelas de Buda que visitar al doctor. De una manera maquinal arrugó el billete de tranvía de color amarillo que aún conservaba en la mano y formó una diminuta bolita, que luego lanzó al aire, dándole un golpe con el bastón como suelen hacer los niños que juegan al béisbol.

El joven giró sobre sus talones y siguió la dirección opuesta a aquella que conducía a la casa del doctor, deteniéndose ante la placa de cristal negro de una farmacia para arreglarse la corbata. Luego estudió con suma atención el aspecto de su rostro.

Éste, cubierto por el cálido y oscuro barniz del verano, sobre el que resaltaba, claro y alegre, el intenso gris de los ojos, resultaba agradable y simpático a primera vista. Todos los rasgos característicos eran severos; el mechón de cabello que surgía bajo el ala del amplio sombrero de fieltro; la nariz recta y la firme boca denotaban un carácter reservado, mientras que la cabeza, sostenida por un cuello robusto, daba al joven una prestancia altiva. El muchacho permaneció aún unos instantes ante el negro cristal de la farmacia, como si pretendiera fotografiarse en él, hasta que al fin bostezó y prosiguió su camino.

Cubría su esbelta figura con un ligero abrigo de tono gris, un tanto usado, pero todavía elegante. El paso del joven, firme y reposado, dejaba adivinar cómo sería a los sesenta años; un caballero distinguido, alto y enjuto, que caminaría con idéntica seguridad y aplomo que ahora, si bien su espalda aparecería algo encorvada y posiblemente usaría guantes negros, pues sin duda llevaría luto por la muerte de algún familiar. Hasta era posible que con el tiempo llegara a gozar del tratamiento de «señoría»,

como resultado de haber conseguido el título de consejero áulico o de senador. Con su flamante título de doctor en Derecho y el empleo en la sección jurídica de un gran establecimiento bancario, ¿no tenía aún toda una vida por delante?

Trazando molinetes con su bastón, el joven remontó nuevamente la Avenida Fehérvár. A lo largo de la desierta calle, de cuando en cuando pasaban por su lado presurosas criadas vestidas con crujiente percal. En los umbrales de las puertas, los porteros fumaban tranquilamente sus pipas. Sobre la ciudad, amarillento y melancólico, se extendía el suave aburrimiento de las tardes de domingo.

Frente al Puente Isabel, en el solar donde en otro tiempo se había alzado el Baño de Fango, una valla de madera ocultaba a la gente las obras emprendidas para la construcción del nuevo Hotel Szent Gellért. El joven se aproximó a la cerca y lanzó una mirada al interior a través de una rendija de la madera. Rodeados por zanjas y trincheras, que parecían obra de una gigantesca y maléfica mano, podían verse montones de vigas de madera y tablones. Herramientas y carretillas se mezclaban en pintoresco desorden, trayendo a la imaginación una escena llena de dinamismo, ensordecedora, formada por voces imperativas, el crujir de ruedas de carros cargados de materiales, un ruido de martillazos, densas nubes de polvo levantadas por las vigas al ser descargadas, en suma, un movimiento de activo hormiguero... Pero en aquel instante todo estaba sumido en la inercia del domingo.

El joven del bastón trató de imaginar las líneas ignoradas de aquel hotel en construcción. Arriba, allí donde aún transitaban libremente el aire y el sol y revoloteaba una bandada de gorriones, muy pronto habría habitaciones, camas, alfombras; surgiría el agua de los grifos, sonarían los teléfonos; los empleados del

hotel prodigarían sus reverencias; huéspedes vestidos de etiqueta descenderían por las amplias escaleras; en las blancas y soberbias bañeras, tomarían sus perfumados baños las bellas mujeres; y por los pasillos desfilarían con su aire distinguido, como si flotasen sobre una nube, los camareros uniformados de frac, llevando en perfecto equilibrio sobre sus manos bandejas repletas de succulentos manjares.

El joven alzó ahora la mirada y la fijó en el vacío. En lo alto, en aquel preciso lugar, tal vez habría una habitación, un lecho y... la cabeza de un suicida colgando fuera de él. Más allá, hacia la izquierda, existiría otra habitación en la que los protagonistas de una noche de bodas se buscarían tímidamente en la oscuridad. ¡Qué extraño resultaba todo aquello! ¿Qué palabras, suspiros, risas y sollozos convocaría la vida dentro de algún tiempo en aquel lugar donde ahora tan solamente el viento abrazaba al vacío?

Este pensamiento fascinó al joven durante breves instantes, aunque no tardó en aburrirle. De nuevo se encontraba en medio de la calle, el amargo sabor de la indiferencia en los labios, sin que ante él tuviera la menor posibilidad de escape.

Dos niños pasaron por su vera. El mayor de los dos llevaba sobre el hombro una larga y flexible caña de pescar; el menor, incapaz de seguir los largos pasos de su hermano, caminaba jadeando, con verdadera dificultad. Pronto desaparecieron ambos por una callejuela en dirección al brazo muerto del Danubio.

De súbito, Péter experimentó un acuciante deseo de irse a pescar con aquellos dos muchachos. Se acordó de las tardes de domingo de otros tiempos, en las que la emoción de excursiones por el estilo hacía que su corazón latiera apresurado. Ante sus ojos apareció el bosque poblado por los chillidos de las cornejas, los añosos troncos destruidos por el rayo y en los que los

pájaros construían sus grandes nidos negros y misteriosos. Vio también el arroyo de aguas fangosas en cuya rápida corriente se reflejaba el oro viejo de los sauces. Incluso creyó oír el chapoteo del cieno en el interior de los rotos zapatos de un niño.

Pero todo esto tuvo la duración de un segundo, y el haz de aquellos recuerdos se deslizó por su memoria con la velocidad de un relámpago. Frunciendo el entrecejo, el joven miró ante sí, encolerizado consigo mismo por no acertar a encontrar una manera de pasar aquella tarde.

De sopetón, e indudablemente con cierto pánico, comprendió lo triste y carente de objetivo que es la vida del hombre. Cuando se encontraba en el colegio, había esperado, poseído por una impaciencia febril, la terminación de sus estudios de bachiller, y algo más tarde, cuando estudiaba Derecho, suponía que el último examen de la carrera abriría de improviso ante él las puertas misteriosas e invisibles tras de las que le aguardaban la luz y el calor, las mujeres y una serie de ignorados y sensacionales acontecimientos.

Mas ahora se encontraba allí, en plena calle, sin fuerzas ni ganas para encender un cigarrillo. Permaneció inmóvil, contemplando el vacío, con el entrecejo fruncido. ¿Qué le traería, qué podía darle aún el destino?

Dos días antes, en la escalera de su casa, había acorralado contra la pared a la institutriz alemana de los Bunz, dándole un beso donde pudo. Aún sentía en sus labios el perfume especial, dulce y fuerte a la vez, de la muchacha. Pero haciendo un esfuerzo de voluntad, ahuyentó de sí estos pensamientos.

Su madre deseaba que se casara cuanto antes. Desde hacía unos cuantos meses venía poniendo sus nervios a prueba elogiándole, viniera o no a cuento, a la hija de los Vaynik, aunque la buena mujer fingía hacerlo por casualidad. Con cándida cautela

e ingenua malicia, trataba de imponerle a aquella tal Aranka, de quien sabía incluso el número de sábanas que aportaría al matrimonio. El joven vio ahora, como si la tuviera ante él, la piel áspera y grasienta de Aranka Vaynik, así como su mirada huraña y llena de desconfianza.

Inesperadamente empezó a pensar en su madre. Como en tantas otras ocasiones, se arrepintió de su grosero y brusco comportamiento con la anciana, siempre tan cariñosa y buena. El día anterior se había enfadado terriblemente con ella porque se olvidó de ir a casa de la planchadora para recoger los cuellos duros, y en realidad la buena mujer no tenía la menor culpa. A Péter le pareció descubrir fija en él su mirada, una mirada preñada de terror y pena. Su madre había abandonado el cuarto sin despegar los labios, dejando oír tan sólo aquel breve y sordo carraspeo tan suyo y con el que expresaba toda la humillación sentida. El joven se prometió una vez más que en lo sucesivo se mostraría más atento y considerado con su madre. Cuando pensaba en ella desde lejos, experimentaba una emoción que hacía que los ojos se le llenaran de lágrimas. Sin embargo..., ¿cumpliría algún día el propósito tantas veces formulado y olvidado?

El joven rasgó el aire con su bastón como si sus pensamientos fueran una nube de mosquitos que tratase de ahuyentar de su alrededor. Comenzó a silbar y se acercó a una cartelera de especáculos con ánimo de elegir alguno para rematar la tarde. Pero de pronto vio avanzar hacia él a Pál Szücs.

—¡Hola, amiguito! —gritó el recién aparecido desde lejos, haciendo una serie de ademanes.

Los dos muchachos se conocían de un club deportivo.

Péter no solía ver a su amigo, que trabajaba en la Jefatura de Policía, vestido con un jersey de luchador grecorromano fuera

del gimnasio. En aquella ocasión, al verle con su atuendo dominguero, le costó contener sus deseos de reír. Szücs vestía como suelen hacerlo los deportistas un poco huraños las pocas veces que se deciden a tomar parte en una reunión de sociedad.

Por alguna razón incomprensible, el sombrero hongo de Szücs era tres números más pequeño de lo que requería su cabeza, no obstante lo cual conseguía mantenerlo ladeado sobre ella, lo que le daba un cierto aire de suficiencia. Su cuello de toro parecía a punto de estallar dentro del de pajarita, aunque el aspecto manoseado de éste demostraba que el joven había tenido que sostener una dura lucha antes de conseguir abrochárselo. El rostro de Szücs aparecía salpicado por las diminutas erosiones producidas por un afeitado reciente, pudiéndose leer en las mismas, como si se tratase de un rojo alfabeto desconocido, todas las maldiciones no menos raras que debía de haber proferido mientras se afeitaba. Sus pantalones a rayas, de color muy llamativo, eran tan extremadamente cortos que casi dejaban al descubierto los tirantes de las altas botas, enormes y muy usadas, pero cuidadosamente lustradas aquel día. El abrigo que lucía era asimismo tan estrecho que a cada momento se temía verlo reventar bajo la presión de unos hombros y unos brazos de atleta.

—Vamos, amiguito, ya podemos subir... —dijo el muchacho de aspecto tan original, igualmente invitado al té del doctor.

Saltaba a la vista su impaciencia por comparecer ante los distinguidos invitados del médico.

—Precisamente estaba pensando en no subir —repuso Péter de mala gana.

—¿Que no piensas subir? ¡Encontraremos chicas guapas, amiguito! —aseguró Szücs, que solía abusar de la palabra

«amiguito» y hablaba siempre de un modo brusco y precipitado—. Estará también la Galamb, esa señora tan pequeña y tan regordeta —añadió guiñando picarescamente un ojo a Péter.

Éste miró a Pál Szücs y sonrió. Le admiraba la confianza en sí mismo que demostraba aquel muchacho tan decidido a presentarse en una reunión de gente desconocida, pese a su rostro salpicado de sangre y a su estrafalario aspecto.

—Nos aburriremos mortalmente —aseguró Péter irritado.

—¡De ningún modo, hombre! —exclamó Szücs cogiéndole por el brazo—. Ya verás. Nos sentaremos en un rincón y nos dedicaremos a contemplar a las mujeres.

—¿Y quiénes asistirán? —inquirió Péter mientras echaban a andar, pensando que siempre le quedaría tiempo de volver sobre sus pasos.

—¡Qué sé yo! También yo he sido invitado por primera vez.

Los dos conocían al doctor Varga por el Círculo Deportivo, al igual que a su esposa, a la que habían visto por primera vez en un banquete de la sociedad.

El doctor era un hombre de edad, consejero áulico y médico titular de una serie de sociedades. Se trataba de una excelente persona, aunque como suele ocurrir con los hombres buenos en general, resultaba insoportablemente aburrido. El matrimonio, que carecía de hijos, disfrutaba de una posición holgada y era muy dado a la vida de sociedad. La enorme copa de plata, triunfo máximo del club, era regalo del doctor Varga.

En cuanto a su esposa, figuraba en todas las asociaciones benéficas de cierta importancia.

Una vez en el portal de la casa donde vivía el doctor, los jóvenes buscaron en la lista de inquilinos, no tardando en descubrir el nombre de su anfitrión, «Zsgimund Varga, Médico». Los

jóvenes empezaron a subir la escalera. Entre dos rellanos, Szücs se detuvo y dijo:

—Espera un segundo, amiguito...

El joven se despojó de su abrigo, de color amarillo y corto en exceso, y dejó caer las dos colas del chaqué, que llevaba sujetas con imperdibles para evitar que se le vieran por debajo del abrigo.

Al llegar al primer piso, llamaron a la puerta del doctor.

El recibidor apareció ante ellos rebosante de toda clase de abrigos, bastones, sombrillas, sombreros y gorras de uniforme. Pero se detuvo un instante ante el espejo de la antesala, y sacando del bolsillo un pequeño peine se lo pasó rápidamente dos veces por sus lisos cabellos de color castaño. Asimismo se arregló con gran cuidado el pañuelo que llevaba en el bolsillo superior de la americana. Mientras tanto, Szücs se dedicaba a contemplar a la doncella, que esperaba para abrirles la puerta del salón.

—¿Cómo te llamas, palomita? —preguntó Szücs a la muchacha, que, libre del delantal blanco, fácilmente hubiera podido pasar por una señorita.

—Rózsi, señor —repuso la joven sonriendo y dando un golpecito en la mano con que Szücs trataba de pellizcarle la barbilla.

—¡Caramba, vaya muchacha graciosa! Está como para comérsela —afirmó Szücs acariciando con su mirada las finas manos y el talle de avispa de la joven, y volviéndose hacia Péter, añadió—: Ya ves, amiguito. Sólo por esto valía la pena venir aquí.

Ambos jóvenes pasaron a un gran salón de forma circular atestado de humo de cigarrillo, risas de mujer y graves voces varoniles.

La dueña de la casa se adelantó a recibirles, y tras de los saludos de rígor, dieron comienzo las presentaciones. Péter y

Szücs estrecharon manos enguantadas de mujer y manos de hombres, las cuales, recién sacadas de los bolsillos de los pantalones, acusaban grados muy distintos de temperatura, humedad, sequedad y calor; unas se mostraban excesivamente pasivas, otras apretaban con demasiada familiaridad. En resumen, los dos jóvenes debieron prodigar una treintena de apretones de manos, sin que les fuera posible retener el nombre de uno sólo de sus poseedores.

Cuando Péter terminó de ser presentado, Pál Szücs ya no se encontraba a su lado. Con las manos apoyadas en las caderas, postura que el joven consideraba sin duda en extremo distinguida, charlaba con una mujer baja y regordeta. Evidentemente, la dama con quien había entablado conversación era la pequeña señora Galamb.

Péter fue retirándose hacia la pared. Se sentía muy poco a gusto en aquel salón.

—Siéntese, por favor —dijo la señora de Varga al pasar ante él.

Pero a Péter le fue imposible encontrar un asiento, pues no había bastantes sillas, razón por la cual eran varias las personas que permanecían de pie. Para distraerse, el joven paseó su mirada alrededor de la habitación.

En el centro de la reunión —ocupado por el mejor y más decorativo sillón de la casa— estaba sentada una dama de cabellos rubios y frágil figura, a quien todo el mundo se dirigía en alemán. Unas veces la llamaban *Gräfin*, es decir, condesa; otras, *Frau Excellenz*. La condesa poseía unas manos blancas, tan diminutas como las de una niña de doce años, y con aquellas manos tan extremadamente pequeñas se arreglaba de continuo el cabello mediante movimientos rápidos y nerviosos, a la vez que

sonreía a sus interlocutores con risa mecánica. A su lado, de pie, se encontraba un individuo alto y delgado a quien la condesa llamaba Iván.

Junto al piano estaban sentadas dos muchachas, una pelirroja y otra morena. La sombra de sus anchos sombreros impedía que se les pudiera ver el rostro plenamente. La pelirroja charlaba con un apuesto y elegante joven que se apoyaba en el piano. Péter, que conocía bien lo que era un buen corte, descubrió a las primeras de cambio que aquel joven se vestía en casa de un sastre de primera categoría. Y le contempló no sin cierta envidia, pues su deseo más profundo era el de poder vestirse un día en las sastreías más distinguidas.

Entre los asistentes a la fiesta de los Varga había muchas damas de edad y bastantes solteras, que formaban pequeños grupos y se hacían mutuas reverencias cada vez que se dirigían la palabra, inclinándose como cañas a impulsos del viento. Al contemplar a todos los invitados, Péter tuvo la impresión de que las damas vestían con más gusto y armonía que los hombres. La mayor parte de éstos llevaban chaqué, otros smoking, no faltando tampoco algunos viejos que lucían levita.

Un cadete de rostro sonriente y simpático se acercó a Péter con una silla.

—Siéntate, por favor —dijo con sencillez el muchacho, como si se conocieran de tiempo—. Tengo escasamente diecinueve años.

—¡Oh! Muchas gracias —repuso Péter—. Pero te aseguro que no estoy cansado.

—Cógela, no obstante... Soy de la casa —añadió el cadete— y me han confiado la misión de hacer sentar a todo el mundo, aunque sea a la fuerza.

Péter aceptó al cabo la silla y se la ofreció a una dama que conversaba con un capitán de húsares.

Mientras tanto, el cadete, visiblemente fatigado de distribuir sillas a diestro y siniestro, se quedó junto a la pared.

Péter supo entonces por él que la condesa del cabello rubio que hablaba con el llamado Iván era esposa de un teniente general.

El cadete se llevó luego la mano a la boca y añadió con aire misterioso:

—Creo que hay algo entre los dos...

Y a continuación fue señalando a Péter, uno tras otro, a los personajes más interesantes de la reunión. Primero nombró al consejero ministerial Benedek, un hombrecillo calvo, de cuello muy corto, que nerviosamente tocaba el pecho de su interlocutor, al que parecía querer convencer de algo.

El caballero alto, de blanca melena, que se encontraba cerca de la estufa, era Györy-Stuck, el pintor; el jorobado que mostraba unos ojos pequeños y somnolientos tras de sus lentes con montura de oro, era Zsiga Pán, profesor del Conservatorio; y aquel otro de más allá, el individuo bajo y fornido, era el doctor Schumeinster, redactor de un periódico alemán; el grueso y rechoncho con cara de carnicero era Krammer, el concejal. En cuanto al resto de los invitados, el cadete no estaba muy seguro de su identidad. Pero recordaba de un modo vago haber leído sus nombres en los periódicos. Pero quien de veras le interesaba en aquel momento era el joven rubio cuyo traje de color azul marino, de corte impecable, había despertado su envidia.

—Es Miska Ádám —explicó el cadete—. ¿No le conoces? Acaba de licenciarse en la Facultad de Derecho.

—¿Y las dos muchachas que se encuentran junto al piano? —preguntó Péter.

—Ésas... —empezó a decir el cadete, pero no pudo terminar, pues le llamó la dueña de la casa.

—¡János, ven aquí, por favor!

—Vuelvo en seguida —prometió el cadete a Péter, y se alejó con la esposa del doctor Varga, quien, cogiéndole por el brazo, le dijo algo al oído.

Al parecer, acababa de confiarle una misión especial. Péter continuó solo, pegado a la pared, lanzando miradas a su alrededor. Los muebles del salón decían bien a las claras que en los días laborables cumplían su cometido en la sala de espera del médico.

La dueña de la casa apareció de pronto en el umbral de la puerta acristalada, y allí empezó a calcular con los dedos el número de tazas que se precisaban para servir el té. A su lado se encontraba la bella Rózsi, siempre con su delantal blanco. También la muchacha pasaba la vista de un invitado a otro, hasta que al fin ambas mujeres se pusieron de acuerdo en que necesitaban treinta tazas.

La señora de Varga iba de grupo en grupo, sentándose un instante en cada uno. Llevaba abundantemente empolvados la cara, las manos e incluso el caballo. Su talle, excesivamente grueso, y sus grandes y blancos senos, padecían lo suyo dentro de la cárcel del corsé.

En su vulgar rostro sólo la nariz merecía cierta atención; era extraordinaria, podríamos asegurar, brutalmente chata. La expresión de los ojos y de la boca se concentraba en la nariz, que dominaba sobre todo lo demás. Por ejemplo, al sonreír, parecía hacerlo sólo con la nariz, como si ésta fuera una parte autónoma de su persona. Al propio tiempo tenía las pestañas salpicadas de polvo, como suelen estarlo de harina las de los molineros.

La buena mujer iba de un lado para otro sin cesar; dominada por una evidente inquietud y desasosiego, como si

tuviera el presentimiento de que todo el mundo se estaba aburriendo mortalmente en su fiesta. Su temor estaba más que justificado.

En especial dedicaba su mejor atención a las damas sin acompañante, atosigándolas con una auténtica catarata de preguntas.

—¿Cómo estáis, queridas? Estoy encantada de que hayáis venido. ¿Por qué no has traído a tu marido? ¿Qué hace la simpática Kláríka? Debe de haber crecido mucho, supongo... ¡De qué forma pasa el tiempo!... Apenas si nos damos cuenta... ¿Se repuso ya tu marido, Mária?

Y sin esperar respuesta a las preguntas hechas a distintas personas y a un mismo tiempo, seguía mariposeando de grupo en grupo, realizando ímprobos esfuerzos para que la reunión no naufragase en un abismo de aburrimiento. Saltaba de un lugar a otro, como el comandante de un navío que intentase salvar del naufragio a su nave.

Durante toda su vida, la señora Varga no había tenido otro afán que el de reunir en su salón a la gente más distinguida posible. No obstante, su carácter, netamente pequeñoburgués, impedía que poseyera el espíritu necesario para animar las reuniones, y los invitados por su categoría social tenían que sentirse por fuerza en el salón de la dama como animales pertenecientes a especies distintas encerrados en una jaula común. Todos se miraban y se husmeaban como si fueran bichos raros.

Una amiga cogió a la señora Varga por una mano y le preguntó:

—Escucha, querida, ¿quién es ese coronel que está hablando con tu marido? Creo que le conozco. Me parece que le conocí

cuando era un simple teniente. Procurarás que venga a saludarme, ¿verdad?

La señora Varga respondía con gran profusión de detalles a cuantas preguntas se le dirigían, y llevaba a cabo concienzudamente todos los encargos.

Hacia las ocho de la noche empezaron a desfilar los primeros invitados. En realidad huían. Péter reparó que el elegante Miska Ádám no se despidió de nadie al marcharse, salvo de la muchacha pelirroja que estaba sentada junto al piano en compañía de su amiga. También observó que al despedirse el joven apretó la mano de la muchacha furtivamente.

De pronto el doctor Varga se acercó a Zsiga Pán.

—Zsiga, por favor, toca algo para que te oigamos —dijo.

Pán se sentó ante el piano y apoyó sus grandes manos, color de pasta, sobre las teclas. Luego echó hacia atrás la cabeza, y fijando la mirada en el techo, tocó una obrita ligera de Mozart, recibiendo largos y entusiastas aplausos cuando concluyó.

Los suspiros de satisfacción interrumpían las palabras de entusiasmo.

La esposa del periodista alemán, expuso su deseo de oír la *Novena Sinfonía* de Beethoven, pero cuando el dueño de la casa buscó a Pán para rogarle que complaciese a la dama alemana, el músico había desaparecido ya, rápida y discretamente.

Algo después apenas si quedaban unas diez personas en la reunión. La señora de Galamb, que continuaba charlando animadamente con Pál Szücs, trató de marcharse también, pero en aquel instante la señora Lénart, que, pese a sus años, vestía un traje azul claro, afirmó que si había acudido al té desde Szentlorinc había sido con la única ilusión de oír recitar de nuevo a Jolánka, es decir, a la señora Galamb.

—¡Dios mío! —exclamó la aludida en tono de protesta—. ¡Pero si hace una barbaridad de tiempo que no recito! Por favor, se lo suplico, no me pida que lo haga ahora, querida «tía».

Y su moreno rostro, salpicado aquí y allá por diminutas ve-rugas que parecían de terciopelo negro, se cubrió de rubor.

Fue inútil que protestase. Unas cuantas enérgicas exclamaciones —«¡Oíd!. ¡Oíd!»—, dieron fin a su resistencia. Por cierto que el cadete fue quien gritó con más ímpetu y energía, como si le hubieran pagado para ello.

Al cabo, insinuando una sonrisa que decía mucho, la señora Galamb se dio por vencida y se situó en el centro del salón.

Unos fuertes «¡Chiiiist!» obligaron a guardar silencio a los que seguían hablando, y de súbito se hizo un profundo silencio en torno a la improvisada recitadora, quien con voz rota por la emoción, empezó a recitar la poesía *Haidé, del Sultán hermosa hija...*

Recitaba con entonación fogosa y como ruborizándose por la inspiración. Al llegar al verso: «... y aquello que susurra la onda gárrula...» cerró sus ojos, impregnando las palabras del poeta de una ardiente sensualidad.

La joven morena que estaba sentada junto al piano se cubrió el rostro con su enguantada mano para disimular un repentino ataque de risa. Su compañera, la pelirroja, le dio un golpecito con el dedo escandalizada y le volvió la espalda. Pero también ella deseaba que el recital concluyese cuanto antes, pues se sentía próxima a estallar en carcajadas.

Por su parte, la señorita Lénart escuchaba con el cuello dis-tendido hacia adelante, pestañeando entre las lágrimas. En cuanto a Szücs, seguía en pie, despatarrado, las dos manazas una sobre la otra, y contemplaba a la señora Galamb con ojos desorbitados.

La pausa anterior a la última estrofa resultó extrañamente prolongada. La recitadora contemplaba el suelo como si estuviera viendo en él algo en extremo curioso e interesante. Pero algunos instantes después fue evidente que no se acordaba del final del poema. La atmósfera adquirió una súbita tensión y el silencio empezó a gravitar sobre todos.

Szücs intentó soplarle a la dama, pero la señora Galamb le lanzó una mirada rebotante de reproches, pues lo que el joven le susurraba, en su afán de ayudarla, pertenecía a otra poesía, a *Los dos pajes de Szondi*, del gran poeta nacional János Arany.

El silencio se hizo insoportable. Pero de pronto se oyó un estridente «¡Kikiriki!» que produjo en el ámbito del salón los mismos efectos que causa un alegre grito de liberación.

Fue János, el cadete, quien tuvo la ocurrencia de lanzarlo. Poesía la rara habilidad de saber imitar las voces y gritos de diversos animales. Al oírla, todos los presentes prorrumpieron en carcajadas, y el incidente no pasó de aquí. Entonces la señora Galamb se precipitó sobre el cadete y dio al muchacho unos cariñosos golpecitos en la espalda.

—Ya ve, querida tía Lenci —dijo dirigiéndose a la nombrada—, que no era una excusa mía lo de que hacía tiempo que no recitaba.

—¿Qué importa, hija? A pesar de todo, me ha gustado mucho —contestó la sentimental señora Lénart enjugándose una lágrima.

El doctor Varga estaba haciendo ímprobos esfuerzos de imaginación para retener al grupo, que amenazaba con desintegrarse de un momento a otro, cuando su mirada reparó en Péter. Entonces, cogiendo al joven por el brazo, le condujo ante la mesa de despacho.

—Venga aquí y demuéstreme lo que sabe...

—¿Lo que yo sé? —exclamó Péter sorprendido y en tono de protesta, molesto al ver que la atención de los presentes se concentraba ahora en él—. ¿Lo que yo sé? —repitió, delatando por la expresión de su rostro la poca gracia que le había hecho la insinuación del médico.

—Es grafólogo —explicó el doctor Varga dirigiéndose a sus invitados—. Descifra el carácter de cada uno por su letra.

La afirmación del doctor fue recibida con unánimes muestras de agrado, y Péter se vio sentado en una silla, ante la mesa de despacho, sin que le dejaran tiempo de protestar. El médico se apresuró a preparar cuartillas, tinta, pluma.

En vista de que no había escapatoria, Péter decidió poner al mal tiempo buena cara y someterse a las circunstancias. Incluso sintió una leve complacencia ante aquel papel que acababan de asignarle.

—Ante todo —comenzó diciendo—, tengo que advertirles que la grafología exige sinceridad y, por lo tanto, ésta es la condición que les impongo. Si alguno, excesivamente susceptible, no se considera con fuerzas bastantes para soportar la cruda verdad, entonces es mejor que se abstenga de solicitar mi interpretación de su escritura. No daré a nadie explicaciones sobre los juicios que emita. En cambio, prometo ser completamente objetivo, con tanta mayor razón cuanto que no conozco íntimamente a ninguno de ustedes.

Este serio preámbulo fue recibido con general consenso.

Por supuesto, nadie rehusó la oferta que Péter les había hecho y todos se apresuraron a rodear la mesa.

Unas cuantas manos de formas y tamaños distintos comenzaron a emborronar las cuartillas. Primero fueron las manos fe-

meninas, curiosas y llenas de impaciencia. Sin tomarse la molestia de sentarse, las damas escribieron sus nombres. Péter no prestaba atención a los rostros; sus ojos estaban fijos en las manos que se sucedían sobre el papel, observándolas con suma atención los segundos que necesitaron para escribir su firma.

La primera en hacerlo fue una mano vieja y enérgica, que movía la pluma casi con rabia. El dedo índice apretaba la pluma hasta hacer que se arquease como una garra. Las descarnadas falanges recordaban a los sarmientos.

El joven contempló durante algunos minutos el primer nombre escrito en el papel, hasta que al fin, en medio de un absoluto silencio, comenzó a recitar con voz monótona y uniforme:

—Ha viajado mucho por el extranjero; en su infancia sintió vocación por la pintura, consiguiendo pintar algunos cuadros con indudable maestría y talento. Se trata de una naturaleza voluntariosa, refractaria a las influencias. Tiene hijos. Discute mucho con su marido. Fuma con verdadero frenesí. No entiende nada de música.

—¡Oh! —exclamó la señora Lénart, confusa—. ¡Jamás he fumado!

La dama se echó a reír con risa falsa y se apartó del grupo, gravemente ofendida por que la hubieran declarado sin aptitudes para la música. Estaba arrepentida de haber tomado parte en aquel juego, que ahora le parecía una solemne estupidez, aunque no dejaba de sorprenderle que aquel jovencuelo, que no la conocía de nada, hubiera sido capaz de adivinar que ella y su marido se llevaban como perro y gato.

Le tocó el turno a otra mano, pequeña, regordeta y blanca, que producía la impresión de carecer de huesos.

Con caracteres pequeños e inclinados, la mano escribió en la cuartilla: «Esposa del doctor István Galamb...».

—Pertenece usted, señora, a la categoría de los seres más felices de la tierra —afirmó Péter mientras contemplaba atentamente la letra, sin levantar la vista hacia su «víctima»—. No siente la menor preocupación, tampoco tiene inclinaciones artísticas. Es usted una mujer profundamente religiosa. Estudió tres cursos de la Escuela Superior...

—¡Cuatro! —se apresuró a decir la señora Galamb.

—Tres nada más —insistió inexorable el grafólogo.

—El cuarto no pude terminarlo —confesó al cabo la mujer, intimidada por el tono de Péter.

La observación de la dama suscitó la hilaridad de los demás invitados.

A continuación, le tocó el turno a otra mano, una mano delgada, de finos dedos, que, no obstante, poseían una línea un tanto varonil.

—Señora, su esposo se verá muy pronto obligado a solicitar el divorcio, alegando que posee usted un temperamento demasiado inquieto.

—¡Qué impertinencia! —exclamó la muchacha morena que se había pasado la tarde junto al piano en compañía de su amiga—. ¡Sepa usted que ni siquiera estoy casada!

—Entonces es que me he equivocado —repuso Péter, sin cambiar de tono.

Ahora le tocó el turno a una fuerte mano de hombre, peluda, que escribió en el papel este rimbombante título: «Barón Kamill de Besztercey».

Péter reconoció la mano de su amigo Pál Szücs, pero fingió no haberse dado cuenta del engaño. Durante un buen rato con-

templó la falsa firma con el entrecejo fruncido, hasta que al fin, con la más profunda seriedad, dijo:

—Soltero... Practica mucho el deporte; un carácter que con facilidad se torna altanero... Suele afectar superioridad ante los demás... y está convencido de que es cien veces más inteligente que los otros... Pero, en el fondo, no es más que un simple...

Szücs no dejó que concluyera el diagnóstico, pues le asestó un golpe tan fuerte en la nuca con el puño cerrado que durante varios minutos Péter apenas si pudo mover el cuello.

El doctor Varga dejó escapar una sonora carcajada y las lágrimas se deslizaron sobre su rubia barba. No tardó en posarse sobre la cuartilla de papel una mano blanca como la nieve. Unas débiles y rosadas señales en los dedos indicaban que acababa de despojarse del guante. Se trataba de una mano perfecta, tierna y humilde, aunque no por ello dejaba de imponer respeto. Sobre la mesa parecía una extraña flor. Era tan bella como sólo la carne y la sangre humanas pueden serlo cuando adoptan formas impecables. Era como un pétalo virgen, sin el más leve asomo de marchitez. Blanda y fresca, se presentía, no obstante, que en ella anidaba una voluntad de acero, que era como un instrumento perfecto del cuerpo... ¡Qué bella debía de resultar aquella mano cuando arreglara los rizos del cabello, cuando hiciera el lazo de una cinta, cuando abrazara el cuello del violín y acariciase las cuerdas del arpa; al dibujar un cordial movimiento de despedida o al descansar, soñadora, sobre el mantel de una mesa!

Tales fueron los pensamientos que cruzaron en rápido y confuso tropel por la mente de Péter mientras la admiraba con los ojos entornados. Aquella mano sostenía la pluma sin el menor esfuerzo y con suma habilidad. A la par que producía una imperceptible música al resbalar sobre la nivea hoja de papel, trazaba

unos claros caracteres, llenos de angulosidades góticas, aunque dotados de femenina gracia, un tanto exagerada sin duda, pero que mantenían siempre la más disciplinada armonía. La bella mano acabó de escribir un nombre: Miett de Almády.

Las tres patitas de la M caían hacia abajo, verticales y agudas; arriba, en lo más alto de la i, el arco casi se transformaba en triángulo, y sobre la e aparecía dibujada una diminuta espiral de forma regular.

Péter cogió la cuartilla, la estudió detenidamente, y por primera vez levantó la vista hacia la autora de aquellos rasgos caligráficos. Desde la sombra producida por la pantalla de la lámpara vio a la muchacha pelirroja, que hasta hacía poco estaba sentada junto al piano en compañía de su amiga charlando animadamente con Miska Ádám.

La joven se había vuelto a poner el guante. Pero sus mejillas aparecían cubiertas de un rubor apenas perceptible, en tanto que mantenía las cejas enarcadas y los párpados entornados. Sus labios estaban fuertemente apretados, y entre sus finas líneas se asomaba una sonrisa como de benévolo desprecio hacia aquello que llamaban «ciencia grafológica». Al propio tiempo parecía demostrar un cierto ingenuo y virginal acatamiento, acompañado por una ligera expresión de seriedad, como si dijera: «Bueno, ahora júzgame si te place».

Péter volvió a fijar la mirada en el papel, movió nerviosamente su silla, tornó a posar la vista en la joven y otra vez en la cuartilla de papel. De súbito tuvo la sensación de que no podía dar a aquella muchacha ninguna «opinión» altisonante, experimentando al propio tiempo una extraña e inexplicable turbación. En aquel instante toda su «ciencia», con la que simplemente trataba de divertir a la gente, y cuyos éxitos debía a la circunstancia

de que en un dos por ciento de los casos adivinaba poco más o menos la verdad, le pareció una enorme y completa estupidez. Así que, en lugar de dar la explicación esperada, prefirió inquirir:

—¿Miett? ¿De qué nombre procede tan extraño diminutivo?

La joven se ruborizó aún más y repuso con un susurro de voz:

—De Mária.

—¿Y cómo puede haberse formado de Mária el diminutivo Miett? —siguió preguntando Péter con la fingida seriedad que el juego exigía.

—De Mariette —respondió la muchacha pelirroja.

La dueña de la casa observó entonces en tono de superioridad, no carente de cierto encanto:

—*Miett* significa en francés migaja..., migajitas.

El cadete, con la impaciencia reflejada en su juvenil rostro, se creyó en el caso de intervenir;

—Basta de explicaciones y venga ya el retrato caracterológico de Miett.

Péter, sonriendo, contempló a la joven durante unos instantes. Luego, doblando la cuartilla y metiéndosela en el bolsillo, se limitó a decir a Miett en tono misterioso:

—Su carácter de letra es de lo más interesante. Lo es tanto que exige un detenido estudio por mi parte. Tengo algo así como el presentimiento de que un análisis pericial descubrirá una serie de cosas que sólo pueden decirse a solas...

El rostro de la joven se tornó como la grana y, avergonzada de veras, clavó la mirada en el suelo.

—¡Oh! —dijo sonriendo, aunque su risa pareció denotar cierta inquietud.

Los demás invitados del doctor Varga protestaron contra la solución dada por Péter. El cadete se tiró de los cabellos cómicamente, a la vez que daba golpes sobre la mesa y vociferaba:

—¡Que me devuelvan el precio de la entrada! ¡Me han estafado! ¡Que me devuelvan el dinero que he pagado!

De tanto reír, al doctor se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que sacar el pañuelo para secárselos.

La señora de Lénart tocó ligeramente el hombro de Péter con su abanico y afirmó:

—Eso me parece sospechoso, muy sospechoso. Ha organizado usted toda esa comedia con el fin de lograr hablar a solas con una muchacha tan guapa...

Y volviéndose hacia Miett, añadió:

—Cuidado, hija mía, mucho cuidado.

Pero Miett apenas si la oyó, pues ya se encaminaba hacia la puerta.

Todos se dispusieron a marchar, y la pequeña señora Galamb, muy asustada, hizo observar que ya eran más de las nueve.

—¡Esta noche tendremos en casa bofetadas! —dijo poniéndose el abrigo precipitadamente.

En su afán por acompañarla, Pál Szücs se olvidó de sujetarse los faldones del chaqué con los imperdibles, así que ahora aparecían bajo el ridículo abrigo de color amarillo cual dos crespones negros. Pero esto no fue obstáculo para que corriera detrás de la señora Galamb.

En el recibidor, Péter se acercó a las dos muchachas que se disponían a abandonar juntas la casa de los Varga.

—Si me lo permiten —dijo dirigiéndose a Miett—, les acompañaré hasta su casa.

Pero en lugar de la pelirroja contestó la otra:

—¡Encantadas! Será un placer para nosotras...

Y, con amistoso ademán, estrechó la mano de Péter, quien no pudo por menos de encontrar un tanto sospechoso tan entusiasta cordialidad, y receló alguna trampa. Péter dirigió una mirada de interrogación a Miett, la que a su vez cambió otra con Olga, que así se llamaba la morena, y volvió la cabeza a otro lado. Evidentemente, ambas amigas trataban de ocultar sus rostros.

—Ya podemos marcharnos —dijo Olga después de dar las buenas noches a los dueños de la casa.

Al salir Péter entregó a la doncella, que se encontraba cerca de la puerta para recibir las propinas de los invitados, la moneda de plata de una corona que llevaba preparada al efecto.

Miett y Olga, cogidas del brazo, se adelantaron algunos pasos por el corredor. Péter consiguió alcanzarlas en la escalera, pero entonces Olga se volvió bruscamente hacia él con la mano extendida.

—Le agradezco de todo corazón su exquisita amabilidad por haberme acompañado hasta mi casa —dijo la joven sacudiendo con fuerza la mano de Péter, al tiempo que, echando la cabeza hacia atrás, rompía a reír con todas sus fuerzas.

La alegre risa dejó al descubierto sus blancos dientes. Péter la miró sin comprender.

—Ha de saber usted que vivo en esta misma casa, en el cuarto piso.

Y sin esperar respuesta, Olga se lanzó escalera arriba, subiendo los peldaños de dos en dos, lo que dejó al descubierto hasta las rodillas sus bien torneadas y ágiles piernas, enfundadas en medias de seda negra. Desde arriba llegaron sus alegres carcajadas, que resonaron con airoso eco en el profundo patio de la casa.

—¿También vive usted en esta casa? —preguntó Péter a la joven pelirroja.

—Sí, señor —respondió Miett con expresión turbada, como excusándose por la inocente travesura.

Péter reparó que la muchacha se ruborizaba con suma frecuencia.

—¿Dónde vive usted?

—Ahí —contestó Miett señalando la puerta que había al final del pasillo.

—De todas formas, la acompañaré hasta la misma puerta de su casa —insistió Péter.

Los dos jóvenes dieron juntos unos quince pasos, la distancia que mediaba entre el hueco de la escalera y la puerta. Péter hubiera querido decir a la muchacha algo agradable, una galantería, pero no se le ocurrió nada, como si de súbito se le hubiera secado el cerebro.

Miett pulsó el timbre de la puerta y a los pocos segundos se iluminó el recibidor.

La joven entonces tendió la mano a Péter.

—Buenas noches —dijo en el tono indiferente que las mujeres suelen emplear con los hombres que acaban de serles presentados y a los que suponen que jamás volverán a ver en su vida.

—Buenas noches —se apresuró a responder Péter con acento poco menos que grosero, irritado por el pensamiento de que la bella muchacha tuviera que desaparecer detrás de la puerta quizá para siempre.

Mientras Miett trasponía el umbral, Péter lanzó una rápida mirada al interior de la casa. La puerta que comunicaba el recibidor con la amplia y larga antesala había quedado abierta y a través de ella pudo ver unos cuantos muebles de gusto exquisito,

lo que demostraba que todo el piso estaba amueblado con sumo gusto y elegancia. Desde la puerta se alcanzaba a ver hasta el comedor, con la mesa ya dispuesta para la cena y cuya lámpara colgaba muy baja. Ante la mesa se hallaba sentado un caballero de avanzada edad, vestido con una americana de dril, que lucía una bella y blanca barba. Los reflejos de la lámpara arrancaban destellos dorados del liso cráneo del anciano y de su nivea barba. El viejo usaba lentes y parecía absorto en la lectura de un periódico que mantenía muy apartado de su vista.

Todo esto, más que verlo, Péter lo percibió en un fugaz relámpago, ya que la luz del recibidor se apagó casi al instante. Sin embargo, el joven permaneció inmóvil ante la puerta durante unos minutos.

Antes de salir a la calle, repasó en el portal la lista de vecinos, no tardando en descubrir al apellido que buscaba: «Almády».

Una vez en la acera, levantó la vista hacia las ventanas del primer piso, tratando de descubrir la que correspondía a la habitación de Miett.

Al poco echó a andar con paso tardo. Estuvo cenando en el «Holfer», y mientras comía no dejó de preguntarse la razón de que durante toda la tarde no hubiera fijado su atención en las dos muchachas, haciéndolo sólo en el último momento. Tras un esfuerzo de memoria, consiguió recordar que ambas amigas estaban sentadas cerca del piano, ante una de las ventanas, junto a la cual había un enorme jarrón de porcelana japonés que ocultaba a Miett de tal forma que resultaba invisible o poco menos. Además, cuando él llegó a casa de los Varga, había ya demasiada gente en el salón.

Concluida la cena se fue a pasear por la orilla del Danubio, del lado de Buda, no tardando en tomar asiento en un banco. Su

imaginación voló un instante hacia Olga, la atrayente muchacha morena, volviendo a ver de nuevo, con perfecta claridad, el bello arco de sus pantorrillas mientras la joven subía la escalera corriendo. También oyó sus límpidas carcajadas.

Pero su pensamiento no tardó en volver a Miett, la joven de las bellas manos, y Péter se dijo que aquella muchacha proyectaba hacia él una fuerza tierna y misteriosa a la vez. La percibió ya en el primer instante, cuando aún no había reparado en su rostro y sólo su mano se encontraba ante él apoyada en la cuartilla de papel, una mano que surgía suavemente de la estrecha manga de blanca granadina.

Péter se entretuvo luego en pasar revista a todas las personas que había conocido aquella tarde. Volvió a ver a las mujeres. Entre los hombres, apenas si recordaba a otros que al cadete y a Kramer. Al final apareció en su imaginación la figura de Miska Ádám, cuyo elegante atuendo había suscitado su envidia, y de súbito recordó que el tal Miska Ádám había estado charlando animadamente con Miett. Pero aquel joven se marchó pronto y sólo dio la mano a la muchacha. Trató de encontrar la relación que podía existir entre ambos jóvenes. «Deben de estar enamorados e incluso es posible que se besen». Pero aunque parezca extraño, estas suposiciones apenas si le produjeron mayor impresión que la de la ligera brisa, suave y un si es no es misteriosa, que venía de la orilla del Danubio y acariciaba a veces su frente, libre de la presión del sombrero, que se había echado hacia atrás al tomar asiento en el banco y estirar las piernas.

Su imaginación continuó ocupada con los detalles de la fiesta de aquella tarde en casa de los Varga. Sin embargo, y, pese a todos sus esfuerzos, no consiguió recordar el rostro del pianista. Del mismo modo la cara del periodista alemán, como enmasca-

rada por una careta de pelo rojizo, él la veía convertida en una mancha confusa en la que únicamente destacaban los lentes. En cambio, recordaba con toda exactitud a la pequeña señora Galamb y a la señora Lénart.

Pero todas estas imágenes se habían grabado en su memoria como consecuencia de un ademán, de un gesto o de una palabra oída al azar, no tardando en borrarse de ella, y muy pronto sus recuerdos volvieron a concentrarse en una sola persona: en Miett.

«¡Miett!». El joven intentó pronunciar este nombre varias veces con acentos distintos, como si paladease una tras otra todas las letras que formaban el original diminutivo, el cual pronunciado allí, a solas y a orillas del Danubio, sonaba como un tenue silbido de estridente sensualidad.

«Miett...», dijo como si estuviera hablando con ella. «Miett», repitió cual si la llamara desde lejos. «Miett», volvió a repetir con suave tono de reproche. «¿Miett?», se preguntó a sí mismo asombrado. A continuación pronunció el nombre con suave y dulce acento, como si estuviera consolando a la muchacha; más tarde en tono de lamentación, contrariado. Por último lo pronunció con tal acento, que sintió una súbita angustia en su corazón.

«¡Qué nombres más estúpidos se ponen a veces las mujeres!», dijo levantándose del banco y tirando lejos la colilla del cigarrillo que había estado fumando.

Inmediatamente se dirigió hacia su casa y por el camino se puso a silbar, dejando de pensar en Miett y en la reunión de aquella tarde. Pero pronto interrumpió su ruta, metiéndose en el café de la Avenida Lajos Kossuth, donde encontró a sus amigos. Permaneció con ellos jugando al billar hasta medianoche.

Más tarde se fue a su casa y se acostó. Una vez entre las sábanas, encendió la lamparilla de la mesilla de noche, y apoyándose en un codo abrió un libro: la novela de Charles Dickens, *David Copperfield*.